

El 7 de marzo 2021, el tercer domingo en cuaresma
Penelope Bridges

Sean gratos los dichos de mi boca y la meditación de mi corazón delante de ti, oh Señor, Roca mía y Redentor mío.

Dios dijo estas palabras. Moses, en comunión con Dios en la montaña sagrada, recibe la Ley, un don extraordinario para el pueblo de Dios. La ley empieza con estos diez mandatos, la plantilla de cómo vivir en armonía con Dios y con sus vecinos. Como sigue la historia, más de seis cientos leyes más se revelan al pueblo, leyes que lo diferencian de los pueblos cercanos, leyes que guían sus pasos y forman sus vidas y garantizan que nunca olvidarán que son distintos y elegidos.

Para los Judíos, la Ley no era una carga pesada sino una bendición, un regalo de Dios que los mostraba como agradar a Dios con vidas justas. El salmo de hoy es una canción de amor para la Ley.

Algunos mandatos son mas simples que otros. Podemos fácilmente entender “no mates” o “no robes”; pero “No te harás estatua ni imagen” nos presenta un desafío. La prohibición de ídolos no trata solo de imagenes de Dios, sino también limita nuestra ilusión que Dios es un objeto que se puede mover o destruir. Prohíbe especialmente la creación de Dios en nuestra propia imagen, algo que hacemos una y otra vez.

Asistí a una conferencia en línea esta semana. El Rvdo Azariah France-Williams testificó a su juventud en Inglaterra como un chico negro y cristiano. Veía solo a los poderosos blancos, solo a los santos rubios, solo a las imágenes blancas de Jesús, y se decía que el color negro era el color de los pecados, de la muerte. No podía imaginar que un muchacho negro pudiera merecer el Reino de Dios. Yo quise gritar a ese chico, “No hay ningunas personas blancas en la Biblia!”.

Seguimos construir y adorar los ídolos, encogiendo nuestro concepto de Dios y viviendo con varias cosas en el lugar de Dios: el dinero, el poder, una bandera, un edificio, incluso la Biblia. Este mandato es muy pertinente.

La prohibición contra el abuso del nombre del Señor no trata solo de maldiciones; trata también de la manera en que usamos el nombre y la palabra de Dios para justificar nuestra propia opinión estrecha o nuestro comportamiento sin amor. En el documental de PBS, La Iglesia Negra, aprendemos que la gente en esclavitud tenía que asistir a la iglesia, donde los pastores blancos hacían mal uso de las Escrituras, y los enseñaban que la esclavitud era justa y el comportamiento rebelde era pecaminoso. Hoy en día las personas que usan los versos individuales de la Biblia para golpear a las personas LGBT o a las mujeres en liderazgo, también están culpables de romper este mandato.

El último mandato nos prohíbe de codiciar lo que pertenece a nuestro prójimo. Por supuesto, no creemos que una mujer pertenezca a su esposo. Pero, nuestra cultura de consumo quiere que rompamos este mandato cada día; ella quiere alimentar nuestra codicia con las imágenes de lo que no tenemos. Nos lleva lejos de las necesidades de nuestros vecinos y nos enfoca en nuestro

vacío espiritual. Nos imaginamos que podemos llenar este vacío con un coche, una ropa, incluso la forma del cuerpo más atractiva.

Cada uno de estos mandatos guía nuestra relación con nuestros vecinos. La Ley de Dios nos protege de una vida que no se preocupa por el bienestar de la comunidad, que nos encarcela en un lugar solitario de competencia perpetua y escasez imaginaria.

En el Salmo leemos que “La ley del Señor es perfecta, que aviva el alma; Los mandamientos del Señor son rectos, que alegran el corazón.” Es una visión deseable, ¿no? ¿Quién no quisiera seguir una vida que aviva el alma y alegran el corazón?

En el Evangelio vemos que la cultura consuma influenciaba al pueblo de Dios en Jerusalén. El episodio en el Templo es un hecho escandaloso y profundamente profético, y San Juan lo pone al principio de su Evangelio, como el anuncio público del ministerio de Jesús. Los profetas hebreos dicen, “Esta es la palabra del Señor.” Aquí vemos a Jesús, la palabra del Señor encarnada, actuando como un profeta en medio de la vida Judía.

¿Porque eran equivocadas las actividades comerciales del Templo? Dudo que alguien pretendiera ofender a Dios. Probablemente era una historia larga. Al principio la gente llevaba sus ofertas, animales o grano, de sus propias granjas, para sacrificarlas en obediencia a la Ley. Entonces, la ciudad creció, y había personas viviendo en la ciudad que no cultivaban nada; por eso, tenían que comprar algo. Entonces, bajo la ocupación imperial, los Romanos exigían que la gente usara el dinero romano para comprar todo. Pero la imagen del imperador en las monedas, con la frase “Hijo de Dios”, ofendió a los Judíos. Por eso, los vendedores empezaron a intercambiar las monedas, por la Ley. Y después de unos años, había un gran mercado ruidoso y sucio, en medio de los recintos sagrados, con muchas personas que habían olvidado que estaban en la casa de Dios.

La mostración de Jesús llama la atención a las malas prácticas que están destruyendo la integridad del Templo. Si imaginamos tal evento en la Catedral, sentimos la indignación y el dolor de la gente. Pero, tenemos que confesar que la iglesia también puede necesitar reformarse. De hecho, podemos estar seguros que la iglesia siempre necesita reformarse, porque es una institución humana.

Actualmente estamos desarrollando un plan para compartir los edificios de la catedral con la comunidad. Tenemos que decidir cuales actividades son apropiadas. En la conferencia de esta semana aprendí de unas catedrales ingleses que han sido usados durante la pandemia como clínicas y tribunales de justicia. Como gente de fe, vivimos en la tensión entre la cultura y la tradición. Como Episcopalianos no tratamos de separarnos de la cultura. Para servir la comunidad, queremos poner nuestros recursos a disposición de todo el mundo. Pero, la iglesia es sagrada, es el lugar en que compartimos el cuerpo y la sangre de la Palabra de Dios, es un espacio en que sentimos la presencia de Dios.

San Juan siempre escribe con dos significados: aquí Jesús habla de “este Templo”, que significa su propio cuerpo, pero los Judíos creen que él habla del Templo físico. El cuerpo místico de Jesús, la iglesia, reemplazará el Templo como el hogar de Dios. Al final, tenemos que pensar en

unas preguntas: si cada uno de nosotros somos una parte del cuerpo de Cristo, somos por eso piedras viviendas del nuevo Templo. ¿Cuales mesas debería Jesús romper en nosotros? ¿Cuales mandatos estamos ignorando en nuestras vidas? ¿Y en esta temporada de cuaresma, qué vamos a hacer? Que Dios nos dé la gracia para arrepirtinos y el coraje para cambiar nuestras vidas.

Amen.